EL REGIMEN SOCIAL

La vida vegetal y animal aparecieron en el globo terrestre varias épocas antes que la vida humana: ésta llegó al final de gran número de evoluciones.

El hombre apareció, no en un paraíso como pretende la secta religiosa, sino como todos los demás seres, y expuesto como ellos a todas las contingencias de la existencia: no era dueño del mundo ni estaban subordinados a él los animales, pues para poder fijar su vida tuvo que sostener con éstos una lucha titánica, de muerte. Su dominio se fué acentuando a medida que progresaba su inteligencia por medio de la sucesión de generaciones.

Y al fin, comprendiendo que su dominio prevalecería con la fuerza, comenzó a formar los lazos de unión que necesitaba, con sus congéneres, naciendo de esta iniciativa, pequeñas porciones de vivienda que iban engrosando proporcionalmente según él se iba apercibiendo del valor que aquella nueva forma encerraba para su existencia.

Y en estos primeros momentos de aquella rudimentaria comunidad humana, se vivió una vida salvaje, sin noción de tiempo ni de cultura, se vivió por instinto de conservación solamente: las luchas sociales no existían; la Naturaleza producía la manutención de todos los seres que había creado, sin necesidad de que éstos tuvieran que poner trabajo alguno, ni obviar dificultades para subsistir.

El hombre sólo se distinguía de los irracionales en que venía sujeto a un estado de continua progresión, indefinida o indefinible.

Por fin, después de un largo período de tiempo, la especie humana comenzó a sentir los brutales deseos de imposición y explotación, e incontinenti los más fuertes, presintiendo una vida de encumbramiento, más plácida, regalada y provechosa sojuzgando a sus semejantes al imperio del despotismo y de la fuerza, comenzaron a practicar su cruel teoría sin guardar respeto ni consideraciones de ninguna clase.

Y el que por medio de palabras no obedecía el mandato del fuerte o no accedía a sus exigencias, debía de hallarse dispuesto a sostener con él una lucha cuerpo a cuerpo, hasta fenecer uno de los dos: el que triunfaba seguía dominando.

La fuerza, la ignorancia y el miedo eran los tres grandes factores del inicuo estado social en embrión, por medio del cual había de quedar el conjunto de los débiles sujeto a la triste cadena de la esclavitud que el dominador había de imponerle, creada bajo los auspicios de eterna duración, puesto que del juicio formado entonces de la vida, se desprendía el presagio de que, la voz del dominante siempre ahogaría la del dominado: éste no debía tener más derecho a los medios de existencia que el que aquél quisiera otorgarle.

Y así comenzó la explotación del hombre por el hombre: el explotado debía subvenir a las necesidades y exigencias del explotador por injustas que ellas fuesen, so pena de que las mesnadas de éste le infligiesen rigurosos castigos: y así se llevaba la mayor suma de producto natural que recolectaba el esclavo: era una continua indemnización de guerra que estaba condenado a tributar como consecuencia de la derrota sufrida.

Desde este momento comenzó el ejército de los vencidos a pasear su ignominioso infortunio por el calvario del orbe sumergido en el obscuro caos de la más supina ignorancia y domeñado su cerebro por una abstrusa y ridícula concepción de sus derechos y deberes, existía cual autómata acatando y obedeciendo las órdenes del tirano, que como a tal, lo movía hacia donde le conviniera.

Y al empezar los albores del progreso a iluminar el cerebro de la humanidad, el vencedor lo monopolizó erigiéndose en señor de vidas y haciendas, juez y rey, y... aparecieron los valores formándose los capitales: éstos habían de confundir aún más al desvalido, cuyo cerebro siguió sumergido en la más envilecedora zafiedad, patrocinada y propagada por el poderoso que veía en ella el arma más eficaz para realizar sus inicuos fines.

Y así se inició la época de las grandes diferenciaciones sociales, presidida por un espíritu de la más indigna y absoluta opresión: el poderoso ejercía su jurisdicción en la vida privada de sus súbditos, y éstos consentían de buen grado que aquél realizara sus más crueles y denigrantes caprichos.

Tal era la atmósfera de cretinismo existente que luego aun bendecían la bondad del señor por dignarse llegar hasta ellos, bajar a su miserable choza, y, no alcanzaban a comprender que la causa de sus penas y vicisitudes era aquel nefasto personaje que penetraba en su morada aparentando repartir vidas y dones para extirpar el infortunio, cuando en realidad la obra que verificaba era la extirpación de los átomos de conciencia que pretendieran germinar en la mente de aquella rústica humanidad.

De esto transcurrieron siglos: los cimientos del régimen se fueron complicando y afianzando a medida que se perfeccionaban, y se iba haciendo más difícil la vida en el bajo fondo social, ya harto raquítica y constreñida; pero como los opresores aumentaban incesantemente las necesidades, debía de aumentar paralelamente el malestar de los oprimidos.

En vano éstos se desesperaban: en vano prorrumpían en quejas contra el tirano, porque se perdían en el vacío de una inconmensurable soledad.

Era el naciente movimiento de la conciencia que lanzaba su primer grito de alerta contra el tirano expoliador, que aunque incoherente y mal dirigido a falta de la conexión entre el elemento desposeído, presagiaba que irremisiblemente llegaría el momento en que poseería la suficiente fuerza para poner coto a los desmanes del capitalismo y dar principio a sus justas reivindicaciones.

Mas estas sordas protestas no llegaban a oídos del encumbrado: quedaban ahogadas en el seno de la plebe, y aquél seguía su carrera triunfal sin enterarse de que la evolución iba avanzando a medida que aparecían nuevos tiempos.

Y al fin sucedieron en Roma las sublevaciones de esclavos: fueron los primeros conatos de venganza contra la iniquidad social, los cuales abortaron por no tener consistencia alguna; pero fué el primer aviso de los sucesos que habían de desarrollarse en sucesivas épocas.

Los gobiernos y el capitalismo se pusieron alerta, mas en lugar de inquirir las razones de aquellas graves protestas y procurar aliviar al pueblo réprobo de la pesada y onerosa carga de aquella vida, decidieron estrechar más el círculo en que se agitaba, para que acortándole la respiración no tuviera más remedio que sucumbir, deponiendo su agresiva actitud.

El esclavo, en lugar de conseguir su mejoramiento, empeoró la situación: pero dió una acerba lección a sus enemigos que se asustaron al hallarse frente a aquella inusitada fase de la vida.

El espíritu de rebelión comenzaba a germinar habiendo llamado ya a la puerta del poderoso, aunque todavía estaba muy lejana la fecha en que su potencia y grandeza debieran de asombrar al mundo.

Por esta razón tuvo el esclavo que engancharse otra vez los grillos de la cadena de su nefasta prisión, seguir siendo el triste destinado de la vida, continuar sufriendo con resignación de paciente cordero los vejámenes de sus dominantes, hasta que el progreso señalase con su luz la época en que había de comenzar a emanciparse por medio de la transformación social.

JUSTINO ACEBAL

Gijón.

Civilicémonos que buena falta nos hace

Parece ser que el pueblo, esa masa que va casi siempre allá donde la llevan, no quiere, ni intenta hacerse cargo de que se halla en estado de embrutecimiento tal que en ciertos momentos y actos sin poderlo ocultar, se revela con todo su esplendor, demostrando ser un bruto que se expansiona superando quizá en ello a los humanos primitivos, pues aquéllos, aparte de la ignorancia de que se hallaban poseídos, sabemos, que nunca se comieron a un semejante por el hecho de tropezar con él en el momento de hacer la digestión.

Hoy presenciando como la inmensa mayoría se llena la boca entonando cantos bélicos y dirigiendo alabanzas a los civilizadores emigrados al Putumayo, a Trípoli, al Riff y a otros lugares parecidos, nos damos cuenta, de que no tienen necesidad de salir de casa los altamente humanitarios civilizadores que yendo a lejanas tierras hacen sospechar que más que afán de civilizar, les impulsa el afán de botín; no falta gente a quien civilizar, o hablando gráficamente, no faltan primitivos a quienes hay que hacer dignos de vivir en pleno siglo XX.

Creemos que esto a las clases privilegiadas les preocupa poco, basándose en el exacto juicio de que mientras nos ocupemos en destruirnos a nosotros mismos, esto es, los perros hambrientos devorando a otros perros tan o más hambrientos que ellos mismos, tienen asegurado el mendrugo sudado y defendido por la cáfila hambrienta; pero no se alegren mucho, señores privilegiados, vemos se desprende de vuestro proceder la verdad de lo dicho por Cantú en la pregunta que se contesta sin cerrar los signos de interrogación. ¿Qué cosa puede anhelar mejor un tirano que la corrupción de sus súbditos?

No se alegren, que aquí estamos un número respetable de hombres que *nada* os deben y reconocen que *todo* se lo debéis a ellos. Estos hombres que sólo admiten la civilización humanamente desparramada, y como sinónimo de ciencia e instrucción para todos, no están dispuestos a tolerar, callando, la brutalidad e ignorancia de los pueblos; sino a decir que es necesario e indispensable que nos civilicemos, que nos instruyamos, que nos compenetremos de nuestra misión en la vida, que no hemos de ser siempre los asnos montados de *tutti* capitalista o gubernamental.

Si hemos de ser bestias, es preferible ser potro salvaje, nunca el animal que para todo sirve y con poco se contenta.

Si nos compenetramos de que somos hombres, veremos que todos somos iguales y que no hay ley ni derecho para que unos pocos vayan hartos a costa del hambre perpetua de muchos; no tendremos tampoco la desgracia de presenciar casos tan indignos de un pueblo, que buena parte de él ha manifestado deseos de emancipación.

No hace muchos días que un joven, casi un niño, al pasar frente al portal de una casa, vió un plato de judías; llevaba hecho el viaje desde un pueblo de Tarragona a Barcelona, sin recursos pecuniarios, llegó huyendo de la miseria del pueblo donde nació, y, hambriento, con hambre desesperante, tanto, que avanzó sin querer saber si era delito el comer cuando no se posee dinero para pagar, ni mucho menos saber a quien pertenece lo que se va a comer.

El joven de referencia se comió el plato de judías, (que ya se comprenderá que no estaban guardadas por nadie), el apetito, hasta entonces retenido, se le declaró con toda la furia, empujándole a buscar más; entró en la casa buscando comida, como el can en la basura busca el hueso que ha de engañar su estómago; en aquel momento el *propietario* de la vivienda, llama, alborota, pide el concurso de las gentes *honradas* (muchos por falta de ocasión de dejar de serlo) para escarmentar a aquel intruso que se permitió comer porque tenía hambre.

Llega la jauría y se echa encima de aquel niño que sólo supo decir: ¡el hambre me mataba! ¡perdonadme, que me caía de debilidad!

La respuesta que encontraron sus lamentos famélicos, fué una lluvia de palos, puñetazos, patadas, llegando al extremo bárbaro de pretender hacerle pasar de cabeza por el imborral de la cloaca para que se hartase, a bien seguro, con sus asquerosidades, llamándole ¡vago! ¡ladrón! ¡canalla!; en aquellos momentos si algún burgués se encontró allí indudablemente debió exclamar:

—¡Así se hace con estos vagos; claro, no quieren trabajar!—y los serviciales, los verdugos de ocasión, como siempre, debieron quitarse la mugrienta gorra saludando al ladrón de alta escala, como saludan al expoliador amparado de la imbecilidad de unos y en la conveniencia de otros.

El complemento lo hizo la autoridad llevando al ladrón de judías a la cárcel. Esta es la ley: si es un hambriento, en la cárcel le darán comida; si es un ladronzuelo sin pizca de conocimiento en el arte de robar, allí empezará aprender y en presidio completará su instrucción.

¡Pueblo, pueblo! La justicia que crees hacer al apalear al que roba un pan, hazla de una vez y para siempre con los que te roban sudor, sangre, padres, hijos, amor; todo te lo quitan los civilizadores de pega, los burgueses y los gobiernos.

¡Civilicémonos, que buena falta nos hace! somos los dueños de todo y no poseemos nada y respetamos, guardamos, a los que nos lo han robado; a estos les conviene nuestra ignorancia del derecho a la vida; así se sostienen y comprendiéndolo cometeríamos un crimen de lesa humanidad si no lo dijésemos muy alto y sin cansarnos, haciendo conocer el bello pensamiento de Víctor Hugo: «Los pueblos sólo son grandes cuando piensan».

RETOÑO

Rousset en libertad

Por un telegrama de la prensa diaria hemos sabido la grata noticia de que el camarada Rousset ha sido puesto en libertad provisional.

Dado el entusiasmo con que el proletariado francés ha hecho suya la causa de tan digno camarada no dudamos que la libertad provisional se convertirá en definitiva

Esta y la libertad de Durán que había sido condenado a muerte, son dos grandes éxitos para la Confederación General del Trabajo, de Francia.

FERROVIARIAS

De la lucha

El más viejo, con bondadosa sonrisa, se expresaba de este modo:

—No conseguiremos nada; la Compañía ha expuesto su capital en esta empresa y es muy lógico se resista a nuestras pretensiones; además, en pago a nuestros servicios nos retribuye con el jornal; ¿qué sería de nosotros si paralizaran el tráfico y nos dejaran sin trabajo? La miseria, ¿verdad? Si quieres que te sea franco, no apruebo vuestra actitud; y si estoy apuntado en la sociedad, es porque no digan; los jóvenes os dejáis dominar por vuestro ardiente temperamento y no miráis las consecuencias.

El viejo guarda-agujas guardó silencio; encendió la pipa, y sus ojillos redondos y hundidos se fijaban con aire de triunfo en las espirales de humo que invadían la garita; a intervalos, cuando a modo de fuelle soplaba para expulsar el humo introducido en la boca, miraba de reojo a su joven compañero, que soñoliento por la densa atmósfera, estaba en un rincón de la barraca.

—Salgamos de aquí—repuso el joven,—no pretendáis narcotizarme con vuestra pipa y vuestra ignorancia; contemplemos desde el andén la vasta extensión que domina la Compañía; hace veinte años que estáis en este mismo trabajo; seguramente que a ciegas correríais este inmenso tejido metálico, que parecido a una tela de araña se extiende por la estación; vuestra juventud y vuestros amores se han consumido aquí, en esta aguja: estáis cosido a ella como un andrajo, como un jirón que pronto será arrancado para reemplazarlo por otro más nuevo.

Después de una pausa prosiguió:

—¿Qué es lo que pretendemos? Ansiamos vivir; la lógica y los sufrimientos nos han demostrado que este estado de cosas es un absurdo; si vuestra ignorancia no supo vislumbrar horizontes nuevos, sufrid las consecuencias; la sociología, que es una de las ciencias más importantes de la vida moderna, ha puesto a nuestro alcance profundos conocimientos que han de dar al traste con esta desigualdad irritante.

Pretendemos por medio de nuestra poderosa unión arrancar a la hiena capitalista beneficios que alivien o atenúen nuestras miserias; deseamos que esta bárbara esclavitud desaparezca; queremos evitar el trato bestial que recibimos de esos zánganos que en la colmena ferrocarrilera se nutren con nuestro sudor; anhelamos sobre todo que el sindicato sea el templo donde en una misma aspiración comulguen todos los que padecen hambre y sed de justicia.

Para conseguir todo esto es necesario que ese pesimismo suicida y esa mansedumbre estúpida que os ponen al nivel de un rebaño, desaparezcan.

Encontráis lógico que la burguesía no acceda a nuestras demandas, por ser dueña del capital; y ¿qué es el capital? Acumulación de esfuerzos realizados por la clase trabajadora en beneficio de una clase privilegiada; es decir, usurpación, engaño, detentación del producto del trabajo por los parásitos, por los vagos, por los que cínicamente establecieron el salario como *pago* o *recompensa* a nuestro esfuerzo.

El silbido de una máquina interrumpió aquella polémica; un tren rápido salía; la obra del progreso se manifestaba allí potente y majestuosa; el monstruo de hierro se abría camino arrastrando su cola en caprichosas ondulaciones; con rítmico y estruendoso siseo expulsaba de los pulgadores a larga distancia, vapor acuoso y tibio, como si pretendiera mofarse de la pequeñez humana, salpicándolo todo a su paso.

Un silencio profundo siguió al paso del convoy; el viejo empleado cargó de nuevo la pipa; las palabras del joven compañero pugnaban por penetrar en su cerebro, y sostenían ruda lucha con la espesa corteza de su intelecto; no podía de ninguna manera concebir, que los humildes trabajadores vencieran en la contienda; ¿acaso no ha habido siempre pobres y ricos? ¿como iba él, pobre diablo, a rebelarse contra aquellos que le facilitaban el sustento? ¡Imposible! Además, él podía comer con los diez reales que ganaba.

Todos estos pensamientos bullían en su mente y sentía cierto temor de exteriorizarlos como si algún poder oculto y misterioso se lo impidiera; al fin, haciendo un esfuerzo, exclamó con energía:

—¿Qué generación es esta tan extravagante que se complace en trastornar la armonía y la calma entre los hombres para lanzarlos en insensata lucha?

—Es la idea del siglo—repuso el joven.—Es la juventud precursora que viene a turbar esa calma de muerte, ese reposo superficial que tanto os halaga; esa inercia, que es negación de vida.

Ya que vuestra inconsciencia se obstina en cerrar los ojos a la razón justificando el *orden* establecido con relación a la armonía que debe existir entre los humanos, quiero demostraros vuestro error con estas breves consideraciones.

Calificáis de insensata la contienda entablada entre el capital y el trabajo: todas las innovaciones de la ciencia y la sociología han sido tachadas de utópicas, y la realidad se ha encargado de demostrar lo contrario; la piqueta de la crítica demoledora ha profundizado tanto, que la verdad ha quedado desentrañada; hoy está todo demostrado.

El régimen actual se sostiene como un edificio en ruinas, a fuerza de puntales; la falta de arraigo y de fundamento lo precipitará a la caída, como se derrumba lo falso y caduco al más leve soplo de aire purificador.

Es una ironía sangrienta que la noble y sublime causa del trabajo, encuentre oposición entre trabajadores que sufren constantemente el bestial zarpazo de la explotación.

En vuestro paso por la vida, ¿habéis tenido un momento de felicidad y de descanso que haya disipado o compensado las fatigas de la dura carga y de la eterna desventura? Pudiéramos comparar vuestra existencia con las palabras de un filósofo fatalista: «ayer, fué malo; hoy no es bueno y mañana será peor».

Ese es nuestro propósito: crear al calor del sindicato hombres fuertes y conscientes que hagan desaparecer la desigualdad imperante; la tremenda injusticia que tolera el predominio del hombre sobre el hombre, haciendo en la humanidad esa repugnante selección que condena a los laboriosos a la indigencia y a los vagos a la abundancia.

Un noble sentimiento de justicia impulsa a los pueblos oprimidos hacia esas fórmulas liberadoras; en vano será lo que intenten los hombres de Estado para impedir el desbordamiento de esta corriente humana que busca su verdadero y primitivo cauce, obstruído y desviado hace siglos por la codicia y la fuerza de bárbaros dominadores.

El joven ferroviario tuvo que interrumpir su improvisada peroración; un ruido ensordecedor de máquinas y vagones que maniobraban hacía imposible toda conversación; infinidad de trenes que salían y entraban en todas direcciones, ponían en movimiento a los empleados.

El viejo guarda-agujas, con el pie apoyado en la palanca de cambio y una bandera verde en la mano, daba salida al convoy; sus compañeros, diseminados aquí y allá, hacían lo propio.

¡Qué ironía! ¡Los esclavos dando vía libre al progreso!

SOCIO 1,500

Sin desmayar

La prensa anarquista está cumpliendo con su deber en la campaña en favor de los presos por las cuestiones sociales. En algunas localidades se han celebrado mitins importantes, constituyéndose comisiones pro presos encargadas de sostener la agitación; pero entendemos que es preciso hacer más.

No por vergonzoso es menos cierto que en las localidades en que hay más compañeros encarcelados es donde se nota menos actividad. Y esto es más sensible en los actuales momentos en que se vislumbra alguna esperanza.

De un telegrama que la Federación Obrera de Bilbao ha recibido del jefe del Gobierno se desprende que se concederá una amnistía para los presos por cuestiones políticas y sociales. Esta noticia, en vez de dar lugar a que los sindicatos se den por satisfechos, debe de servirles de acicate al objeto de conseguir que ningún compañero sea eliminado de la reparadora amnistía.

Tengan presente los trabajadores que el actual Gobierno—menos que los demás—no se distingue por sus simpatías a los obreros y procurará no dejar descontenta a la burguesía.

Si por abandono o exceso de confianza algún compañero quedara preso después de la amnistía, sería muy difícil llevar a cabo una campaña con éxito en su favor. Conocemos demasiado la idiosincrasia del pueblo, que se quedaría satisfecho con la libertad de los más y se olvidaría de los menos.

Es por eso por lo que excitamos, a las entidades obreras en primer lugar, para que aprovechando el ambiente favorable que en la actualidad existe, se intensifique la campaña *en favor de todos* los procesados a causa de las luchas contra el capital y trabajo.

Los que no contribuyan al éxito de nuestros propósitos son indignos de formar parte del proletariado consciente, que no debe regatear sacrificios de ninguna especie para conseguir la libertad de los compañeros que, víctimas de sus nobles entusiasmos o de la maldad de la burguesía y autoridades, cayeron por defender ideales de justicia.

Los presos necesitan del esfuerzo de todos. Si no hemos de negárselo, tengamos presente que el movimiento se demuestra andando.

¡Cómo se hace un artículo!

Hace próximamente doce años que un ministro efectuaba un viaje de inspección. Al llegar a la fábrica de cañones de Trubia y pretender explicarle el director de la misma el mecanismo de la confección del mortífero instrumento, el ministro, dándose aires de inteligente en la materia, se anticipó a las explicaciones del técnico exclamando:

—Sí, sí, ya sé. Se coge un agujero y se le pone hierro alrededor.

Cosa parecida ha hecho el articulista de un periódico socialista de Reus al contestar nuestro artículo «Margaritas a puercos». Ha querido refutarlo y la ha metido. Seguramente ha creído que sí para hacer un cañón hace falta un agujero y hierro alrededor, para hacer el artículo que se proponía sólo hacía falta un título y la firma y meterle paja dentro.

El articulista llama antisocietarios a los anarquistas porque—dice—combatiendo a los socialistas se combate a los obreros asociados. El recurso es peregrino, pues si para ser socialista es preciso ser sindicado, ¿en dónde se sindican los muchos burgueses afiliados a su partido? Concretándonos a Barcelona diremos que la práctica ha anulado esa condición, pues no sólo pertenecen al partido *no asociados*, sino hasta expulsados de las sociedades obreras.

Nos llama enemigos de los obreros porque para tomar acuerdos descabellados no tenemos en cuenta el lugar, la época y el ambiente.

En verdad que los anarquistas no queremos sacrificar las colectividades por salvar los principios. No diremos como el articulista, que con ocasión de una huelga se oponía a que se tomaran acuerdos en favor de los huelguistas por el temor de que se quebrantara la sociedad del oficio. Jamás creímos que su petulancia llegara al extremo de dar lecciones al puerco de las margaritas. Es indudable que entre los obreros los hay de dos clases: prácticos e inadaptables, y los socialistas pertenecen a los primeros.

¿Con que el anarquismo y la emancipación de los trabajadores forman dos líneas paralelas que no llegarán nunca a ponerse en contacto? Estupenda afirmación. Y nosotros que creíamos lo contrario. Que la anarquía era la suprema libertad. Luego afirma que el anarquismo, mirado *retóricamente* (¿qué es eso?) es una gran necrópolis.

Nosotros no sabemos mirar retóricamente, pero visto el *negocio* de la vida sobre la realidad, bien podría hacerse la necrópolis con los anarquistas que han sacrificado su vida *por la emancipación* de los trabajadores.

Y es que los socialistas ignoran lo que son sacrificios y si incidentalmente resultan sacrificados, puede decirse que, como el borrico del cuento, «sonó la flauta por casualidad», pues viven con la vista fija en lo práctico, en lo que pueda caer en forma de concejalía o de una *modesta* inspección.

¿Con que somos intransigentes? Más debiéramos serlo, pues ideal que transige es ideal que muere. A nuestra transigencia obedecen muchos de los males que nos agobian. De haber sido tan intransigentes como debiéramos, no hubiéramos sufrido tantas defecciones, ni con nosotros hubieran convivido individuos que luego han resultado confidentes. Con la intransigencia, con la «santa intransigencia» como dice Mella, el ideal no se mixtifica ni se convierte, como ha sucedido con el socialismo, que se ha convertido en un banderín de enganche electoral para que salgan diputados grandes capitalistas mineros, como Echevarrieta.

Transigir, según el Diccionario Popular Universal, es convenir en gran parte con lo que no se cree justo, razonable o verdadero, y como no creemos buenos a los socialistas, por su contenido político, debemos combatirles así como a los que se inspiren en sus principios. En cambio ellos han sido tan transigentes que a cambio de un acta se han aliado con los enemigos del día anterior.

Los Tosas, Amos, Morenos, y demás que cita no fueron jamás anarquistas. Se titularon así y alguno nos lo hizo creer; pero sabe muy bien el autor del artículo que estos bicharracos son plantas exóticas en el campo anarquista.

Y termina diciendo: «Nuestros hombres, al hacernos traición, se hacen ministros, prueba de su cultura y capacidad; los hombres anarquistas se vuelven traidores haciéndose confidentes, lo que prueba su mediocridad y más que todo, su poco amor a la clase».

Nosotros creemos que «los Millerand, los Briand, los Ferri, etc.», han hecho traición al ideal socialista, pero no al partido socialista, que es cosa muy diferente.

Y por lo que afecta al partido socialista español, si se ha aliado a la burguesía republicana para conseguir un acta, ¿qué inconveniente ha de tener para aliarse con la burguesía monárquica, si le ofrecieran una cartera, como en Italia e Inglaterra? No creemos que exista diferencia entre el explotador monárquico y el republicano.

Por si la fruta madurara, bueno sería que los socialistas no se mostraran esquivos con los partidos monárquicos, pues al igual que los socialistas que él cita, con ello darían pruebas de «su cultura y capacidad».

La huelga agraria en la Argentina

Ya era hora, sí; ya era hora que la realidad tangible del país de autobombos se impusiera a la propaganda de encargue que en el viejo continente están realizando las plumas vendidas al oro de «La Prensa» de Granmontagne y Ramiro Maeztu. Ya era hora que los hechos, sencilla y escuetamente hicieran a un lado las palabras, los artículos ponderativos que, con frase alambicada, cantaban las excelsitudes de una tierra, por los pobres soñada en la cual se pasaba, sin transición, de proletario a propietario.

El momento tan anhelado por los conocedores de la vida económica en la Argentina, se ha presentado, y, con soplo huracanado ha echado a rodar hacia el abismo de las mentiras históricas «Argentina y sus Grandezas» libro falso, y con él todas las demás producciones literarias que, pagadas por el dinero bancario, tendían a desconcertar al obrero europeo, pintando vida plácida y medios fáciles para adquirir la más grande de las fortunas en el plazo improrrogable de algunos años.

La huelga agraria que tuvo su iniciación en la provincia de Santa Fe, se ha extendido rápidamente por las provincias de Córdoba y Buenos Aires, causando una depreciación en los títulos y crédito argentinos con grande espanto de los patrioteros y poseedores de las riquezas, que no se explican el motivo determinante de tantas huelgas y protestas sucedidas a diario contra el hambre y lo difícil que le es al trabajador, no ya enriquecerse, porque en ello nadie piensa, si no vivir bajo techo, alimentarse y cubrir pobremente las necesidades que todo hombre siente.

Las causas de la huelga son bien sencillas. Hace diez o doce años los terratenientes cedían sus campos a los colonos, al precio máximo de diez pesos moneda nacional por hectárea. Hoy la hectárea cuesta al colono cuarenta pesos en la provincia de Santa Fe, y cincuenta en la de Buenos Aires. Este aumento excesivo, dada la relatividad del tiempo, unido al encarecimiento de la vida, ha reducido a los colonos a simples vasallos de los terratenientes, quienes ven llenarse sus arcas a expensas de los arrendadores. Además del mencionado, hay otro sistema de arriendo, que consiste en ceder la tierra al colono a condición de que éste pague al terrateniente un cuarenta por ciento sobre el importe de la cosecha. Con el otro sesenta el colono tiene que pagar el salario a la peonada que le levanta la cosecha, la manutención de la misma y la suya propia, el alquiler de las máquinas agrícolas y las semillas, todo ello cedido por el dueño del campo, y con un diez por ciento de interés sobre el total de los importes invertidos en el crédito. En tales condiciones es imposible que el chacarero o colono pueda levantarse, subiendo a flote, sucediendo que al fin de la cosecha queda empeñado con el terrateniente quien sin trabajo alguno, y sólo por el derecho de posesión de la tierra, se apodera de la riqueza agrícola.

Este año la cosecha ha sido espléndida en el país, superando los cálculos de los más optimistas. Siendo esto así, dirá el lector: ¿por qué se han declarado en huelga los colonos? Pues simplemente, porque este año siendo la cosecha mejor, ha sido peor, aunque ello parezca paradoja. Me explicaré.

Este año, en vista de la buena cosecha, los grandes cerealistas se han resistido a la oferta de los colonos, con el fin de producir una baja en el precio del maíz, lográndolo en grado superlativo, toda vez que el quintal de maíz que en otros años lo vendía el colono a cinco pesos, este año ha tenido que cedérselo al cerealista por tres, si no quería ver cómo se le pudría en la troja. Si esto sucede con el colono, ¿qué vida llevará el peón del campo?

En la Argentina, este último es un indigente, el más misérrimo de la tierra; un nómada que va de Norte a Sur del país con el equipaje a cuestas, sin más techo que el zénit estrellado, aislado por completo del mundo al perderse en las inmensidades de las pampas.

El gobierno argentino que ya tiene dadas pruebas memorables de su odio a todo lo que sea mejoramiento económico de las masas paupérrimas, ha empleado en la actual emergencia el método expeditivo de la violencia, arrestando por docenas a los colonos, en su mayoría catalanes, a los cuales he visto entrar aquí a la cárcel llevando todavía la indumentaria típica del payés. Todos son de la provincia de Lérida, y, particularmente de Balaguer y sus contornos. La mayor parte de ellos son jóvenes, y en sus rostros se refleja el desengaño de aquella bien dorada píldora americana que allá en sus tierras tragaran un día.

Los mercachifles del pensamiento, los crónicos rufianes que viven de prostituirse a sí mismos esparcieron un día y otro en el mundo una leyenda alrededor del Becerro de Oro, y los cándidos labriegos y pequeños propietarios levantaron anclas, soltaron las amarras para caer de bruces en la trampa del capitalismo criollo, quien les estrujará hasta hacerles soltar el último jugo, si es que no tienen convicción y valor para revoltarse y uniéndose con sus innumerables compañeros, imitan a los agrarios mejicanos, que allá en el centro del hemisferio Occidental, pelean noche y día al grito de Tierra Libre, no tan sólo contra los terratenientes, si que también contra las instituciones y demás arcaísmos que los sostienen.

La prensa venal y los flamantes políticos argentinos, no se inquietan por las proporciones que está tomando el movimiento, pues según les han dicho los Ferri, Blasco, etc., etc., el problema social no tiene razón de ser en la Argentina. El es una planta exótica importada de los viejos países por cuatro agitadores de oficio, que no contentos con trastornar la vida económica, en la ciudad, han tenido la audacia de llevar sus propagandas subversivas al campo, trastornando la cabeza de los pacíficos labradores que nunca han sentido otras necesidades que no sean las de someterse incondicionalmente a la voluntad del amo.

Este es el parecer que el actual movimiento agrario ha sugerido a los dueños del cotarro criollo quienes, al parecer, no comprenden el peligro para ellos del actual conflicto, que bien podría determinar un *krac* nacional con toda la característica de una revuelta social-anárquica.

ENRIQUE NIDA

Cárcel.-Rosario.

Desde la República de Chile

La reacción policiaca.-La ley de resistencia. - La cabeza de los anarquistas. - Los anarquistas

Después de la explosión de las bombas del conventos de los carmelitas, a fin del año pasado, la burguesía se puso furiosa contra los anarquistas.

Quiso procesarlos por el solo hecho de ser anarquistas y partidarios de la organización obrera y por medio del fiscal que entendía en el proceso, pidió para cada compañero 20 años de presidio.

Un juez honrado los absolvió.

Después de la absolución, el 7 de abril se efectuó en Santiago un gran mitin en el cual se explicaban al pueblo las ideas anarquistas.

Tuvo gran importancia el mitin y todos los diarios reaccionarios se dieron cuenta de ello.

El 1.° de mayo, siempre en Santiago, tuvo lugar una manifestación monstruo, circulando por las calles principales estandartes con lemas alusivos al acto. La burguesía clerical se asustó por que en uno se leía: *Ni dios, ni amos* y pidió por medio de la prensa que se procesara a los anarquistas organizadores del mitin, los oradores y demás conocidos, por ofensas a la patria, al ejército y a la religión.

Además se pedía: que se anulara la sentencia absolutoria del primer proceso, aceptando no más las conclusiones del fiscal con la petición de los 20 años de presidio para cada anarquista que tal dijera ser: que se apruebe una ley de residencia y otras leyes parecidas a las que tiene la hermana mayor, la Argentina. Y no conformes con todo esto, pretendieron los patrioteros ir aún más allá.

En el mes de mayo, los frailes, los *amos* y los militares organizaron una manifestación de desagravio al ejército por las ofensas sufridas el 1.° de mayo; manifestación que tuvo lugar en la segunda quincena de ese mes con la presencia de 2.000 soldados, 500 niños de las escuelas y 200 frailes con sotana.

Del pueblo obrero, naturalmente, ni jota.

En Valparaíso, siempre por el mismo desagravio, el 21 de mayo efectuaron un desfile militar y una misa en la plaza que presenciaron un centenar de curiosos.

El fracaso de las dos manifestaciones había sido completo, pero en una y otra no se hizo más que pedir las cabezas de los anarquistas y la pronta aprobación de la ley de residencia.

Y el proyecto de ley estaba listo para ser puesto a la aprobación del Congreso, cuando un nuevo hecho viene a demostrar que los anarquistas no desmayan por todo esto.

No se sabe bien todavía cómo se produjo ni por qué causas imprevistas, el hecho que los diarios, en grandes títulos, daban a conocer en los días pasados.

El compañero Plaza Olmedo mataba a tiros en el centro de Santiago y de día, dos estudiantes.

Una primera información telegráfica a un diario liberal de aquí, decía, sin embargo, que nuestro compañero había sido atacado porque conocieron en él un anarquista peligroso. Y más no podemos decir, porque no sabemos al respecto, prometiendo hacerlo cuando tengamos comunicación directa con los compañeros de la capital.

Ese hecho fué la chispa incendiaria que cayó en la polvorera burguesa. Los diarios son más que suficientes para gritar contra los anarquistas, los cuales, si el gobierno no pone prontamente un freno, se preparan a acabar con todos los burgueses a tiros en la calle.

Y para que el gobierno oyera, los patrioteros volvieron a realizar un mitin antianarquista (así lo titulaban los diarios) para pedir al Presidente de la República, directamente, la aprobación de varias leyes contra nosotros, y los compañeros, en el mismo día y en la misma hora, efectuaron una contra manifestación defendiéndose de todo ataque.

El choque parecía inevitable; sin embargo no tuvo lugar debido a que toda la guarnición de Santiago se había interpuesto, dando lugar a la policía para que llevase presos a unos compañeros oradores mientras arengaban a la muchedumbre.

Una vez más los diarios de la horca tuvieron que constatar el fracaso de los patrioteros, por la escasez de concurrencia, y un nuevo triunfo para nuestros compañeros. Los últimos telegramas recibidos anoche por los diarios locales relatan que el compañero Víctor Garrido, uno de los dos directamente culpados por la explosión de las bombas a los carmelitas y por lo tanto uno de los más *peligrosos*, según la policía, hería gravemente en la calle principal de Santiago a un sargento de un cuerpo distinguido.

Ignoramos los detalles. Sin embargo, tenemos razón para creer que el camarada Garrido se había valientemente defendido de una de las comunes hazañas policiacas.

Los compañeros de Chile están resueltos a hacer frente a los desmanes esbirrescos.

Es ésto para ellos un momento decisivo: o resisten con actos viriles o serán completamente aplastados.

Chile obrero y anarquista se hace conocer hoy por primera vez más allá de los Andes y lo hace con manera hombruna. A ayudarlo, pues, con sus palabras de aliento, nuestros periódicos de todo el mundo para demostrar a los burgueses chilenos que los anarquistas no son solos.

A gritar y protestar contra los representantes chilenos en Europa, como se hizo ayer contra la Argentina, para que se convenzan de que la Anarquía hermana de hecho a todos sus hijos.

Y el augurio cariñoso de que por obra de los valientes camaradas de Santiago, expuestos hoy a dura prueba, Chile obrero y anarquista marcha a la par de las demás regiones hacia la justicia y la libertad.

JOSÉ SPAGNOLI

Antofagasta, 26 de julio de 1912

Resumen de cuentas

Es domingo, día de descanso que aprovecho con gusto para contestar a un periódico socialista local, que comenta mi primer trabajo de propaganda titulado «Números cantan» publicado en este semanario y reproducido más tarde en *El Progreso*, de Barcelona, *El Rayo*, de Palma de Mallorca, *El Libertario*, de Gijón, a instancia de algunos compañeros de la sección autónoma y algún otro.

Esto me satisface en mi incógnito porque veo no ha pasado desapercibido y ha hecho la labor debida entre mis compañeros ferroviarios.

De buenas a primeras me cuelga el citado periódico el nombre de anarquista, cosa que en verdad no lamento, si bien es cierto que yo no me hubiera atrevido, como no me atrevo, a darme ese título por no considerarme con capacidad mental para ello, pues que la Anarquía es la perfección soñada de una Humanidad libre y feliz que gozará la verdadera vida.

Sólo diré que soy ferroviario, que trabajo en estos talleres diez horas diarias, que mi salario no llega ni con mucho a satisfacer las necesidades de mi compañera e hijos, y que debido a un constante estudio de las modernas ideas, he comprendido que al proletariado le cabe la obligación de hacer la revolución social y para ello se asocia en sindicatos de clase cuya misión es, hasta que llegue el día, ir educando al pueblo y esa misión se la imponen obreros, que más aficionados al estudio han conseguido sobre sus compañeros de infortunio una superioridad intelectual que, sin remuneración pecuniaria alguna, ponen a disposición de los demás trabajadores.

Así, pues, comienzo mi tarea diciendo que ese comentario no puede convencer a nadie medianamente instruido, pues por cantidades pequeñas como por cantidades grandes, siempre resultará como final que el 50 por 100 de la recaudación de las secciones desaparecerá para ir a repartirse entre diversas cajas, y que luego no hemos de recoger en caso de apuro.

Pone de parangón el articulista, las diferentes cantidades que pagan las sociedades inscriptas en este Centro Obrero, y cita varios céntimos, a semejanza de jesuítas; pero yo le digo que los céntimos hacen pesetas, las pesetas *duros* y éstos suman cantidades fabulosas.

Pagamos 70 pesetas mensuales de local por una de las más amplias secretarías, (¡caramba que amplitud!) 3 metros y *un poco* y cita en su defensa el hecho de que los tipógratos, carpinteros, panaderos, etc., pagan más (no cita lo que paga la Agrupación Socialista ni la Cooperativa), pero se ha de tener en cuenta que éstos, cuando tienen necesidad de celebrar una Asamblea no se les exige que vayan fuera y nosotros tenemos que pagar en otro sitio los gastos que nos originen nuestras reuniones, porque en el Centro Obrero no cabemos.

Cita, a modo de *réclame*, que los tipógrafos cotizan 0'30 pesetas semanales. Así echan el pelo ellos, pues un oficial de ese arte que tengo en la familia *gana* 2'25 pesetas el día que trabaja, lo cual pone de manifiesto los *beneficiosos* resultados de las altas cotizaciones.

Sin duda el articulista pretende aumentar la cotización de los ferroviarios, aunque él seguramente no lo será, para que lo mismo que los *pobres* tipógrafos depositemos,—como ya tenemos alguna cantidad,—el total de la recaudación en la Cooperativa para poder ensanchar el *negocio* y crear nuevas prebendas que emancipen a otros que en la actualidad son asalariados. Pero, no; puede estar seguro el comentarista de que los ferroviarios vallisoletanos no haremos eso, porque no podemos aspirar por medio de cuotas a apoderarnos del material de la Compañía, y si por el contrario, por medio de la instrucción nos capacitamos para la lucha, podremos expropiar a la burguesía en general en favor de la comunidad entera, que es el fin que la lucha proletaria persigue.

Así es, que lo que nosotros necesitamos para triunfar es unión moral que da fuerza, no pesetas, que se consumen y que significa la lucha estúpida del céntimo contra el millón.

Y a propósito de esto, yo me pregunto: ¿Qué haremos los ferroviarios vallisoletanos ante el conflicto planteado por nuestros compañeros catalanes? La respuesta no es dudosa. Nuestro deber está en prestarles toda nuestra ayuda, pero no ayuda de unas cuantas pesetas que nada significan, sino la ayuda moral, que significa abandonar el trabajo, para coadyuvar al triunfo de los obreros catalanes que es el nuestro.

Al efecto urge que se celebre una asamblea extraordinaria para poder discutir el asunto con amplitud.

No me extiendo más por que el comentarista no me da motivo para ello, pero le advierto, que otro día le echaré otras cuentecitas para demostrarle que no es justa ni equitativa la inversión que se da a la mayor parte de nuestra cotización y la forma educativa en que con más provecho se puede emplear.

UN FERROVIARIO VALLISOLETANO.

Nota administrativa

Los corresponsales que no liquiden durante el presente mes los paquetes recibidos, desde el próximo octubre dejarán de recibir el periódico. Sepan los compañeros de las diferentes localidades a qué atenerse si el semanario no llega.

Es de imprescindible necesidad que los paqueteros que reciben dos o más paquetes semanales liquiden sus cuentas mensualmente; los que reciban uno, cada dos meses y cada tres meses los que sólo reciban menos de un paquete.

Igual advertencia hacemos a los que aun no han liquidado los Almanaques, folletos *y* Vida Anarquista.

A los compañeros

Hemos recibido varias indicaciones sobre la conveniencia de organizar excursiones de propaganda anarquista, bien sea con carácter nacional o regional.

El mucho trabajo que sobre nosotros pesa nos ha impedido dedicarnos a esta labor; pero en vista de un llamamiento del grupo «Labor Anarquista», que a continuación publicamos, nos decide a aconsejar a los compañeros que imiten su conducta organizando estas excursiones por regiones, con lo que harían más fácil tanto los trabajos de organización como los de recaudación.

Los compañeros de Salamanca ya están llevando a la práctica la idea, que no dudamos la aprovecharán los de Sevilla. Imítenlos los de otras regiones y la obra será de fácil realización.

Dice así el llamamiento que los compañeros de Valencia hacen a los de la región:

Salud

Se está atravesando una época que pudiéramos llamar de asimilación de las ideas anarquistas y sería fructífera una campaña activa de propaganda por la región levantina en estos momentos, que se dejan sentir los deseos de liberación entre los obreros del taller y del campo.

Por lo tanto, el grupo «Labor Anarquista», de esta población, desea emprender esta campaña por la región valenciana, organizando mitins, conferencias y editando folletos y hojas de propaganda comprensible y asimilable a los obreros a quienes están destinados, para repartirlos gratis en los mitins y conferencias que se celebren.

Todos aquellos compañeros que quieran contribuir para sufragar los gastos que esta campaña ocasione, pueden remitir las cantidades a nombre del compañero Ramón Juss, Félix Pizcueta, 16, 4.° puerta, Valencia.

En aquellas localidades donde los compañeros quieran organizar algún mitin o conferencia pueden contar con este grupo.

GRUPO «LABOR ANARQUISTA»

Valencia.

Congreso Internacional de Tuberculosis

Hace dos años se celebró en esta capital el primer Congreso de la tuberculosis, que fué importantísimo por la unanimidad con que los congresistas aprobaron las conclusiones de carácter social, en las que con sinceridad poco acostumbrada en Congresos de esta índole, se indicaban las causas que originaban tan terrible enfermedad en los obreros y los remedios necesarios para evitarla.

Consecuencia de aquel Congreso fué la constitución del Instituto Médico Social, de cuya buena labor nos hemos ocupado varias veces y que está constituido por los médicos más instruidos y menos reaccionarios.

Casi todos los compañeros conocen la magnífica conferencia que el doctor Queraltó dió con ocasión de aquel Congreso, disertando sobre el tema «Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis.»

Con satisfacción hemos leído en la prensa diaria que el mismo doctor en el Congreso Internacional celebrado días atrás en San Sebastián, ha dado otra conferencia versando sobre el «Balance social de la tuberculosis.»

El orador ha demostrado que los trabajos hechos estos dos últimos años, han confirmado absolutamente las conclusiones por él sentadas en el Congreso celebrado en Barcelona.

Ha analizado después la frecuencia exorbitante de la enfermedad que llega a una proporción extrema de mortalidad abrumadora.

Se ocupa también de la frecuencia de la reacción diagnóstica en gentes al parecer sanas.

A estas horas debe considerarse casi inevitable el contagio de la tuberculosis.

Demostró que es una enfermedad social por excelencia, estigma de la humanidad degradada.

Describió de una manera magistral las poco favorables condiciones en que viven las familias obreras trabajando mucho y comiendo poco, y hacinándose en casas de condiciones desfavorables.

Se ocupó de las condiciones opresoras de la sociedad moderna y atacó los organismos anticientíficos que bajo el pretexto de la beneficencia trabajan en contra de la medicina de derecho.

Proclamó la inutilidad de los medios actuales y dijo que la única mejora consiste en la modificación de los factores sociales.

Dirigiéndose a los médicos afirmó que se han preocupado más de curar las enfermedades que de la conservación y perfeccionamiento de la salud.

El médico no ha de ser expendedor de recetas, sino supremo jerarca en la tierra luchando por la plenitud de la vida humana contra cuantos elementos la opriman.

El orador fué muy aplaudido por la numerosa concurrencia, de la que formaban parte las principales personalidades adheridas al Congreso y los representantes de los centros obreros.

De oportunidad

Como es costumbre que una vez al año, las altas autoridades judiciales se ocupen públicamente del aumento o disminución de los delitos, este año hemos repasado la Memoria del fiscal para ver si habían aumentado los de secuestro de correspondencia por los empleados en Correos; pero esto debe ser menos importante que los *delitos* cometidos con ocasión de las huelgas, por cuanto a estos dedica gran espacio y nada al robo o secuestro de periódicos en las oficinas del Estado, a pesar de que la Constitución declara inviolable la correspondencia.

Creemos que sería curiosa una estadística verdad, sobre estos secuestros, y estamos seguros de que uno de los primeros lugares lo ocuparía la Administración de Correos de Azuaga (Badajoz), cuyos empleados se lucen a las mil maravillas escamoteando paquetes de periódicos, sobre todo los de ideas avanzadas.

Como suponemos que serán empleados sumisos y obedientes, deseosos de conservar su empleo y hasta de «conquistar» ascensos, hemos de creer que no faltan a sus deberes por puro placer, sino que lo hacen obedeciendo indicaciones u órdenes de alguien interesado en que TIERRA Y LIBERTAD no sea leída por los obreros de Azuaga.

Si así es, tanto los empleados como sus inspiradores, han hecho tarde, pues es difícil impedir que los trabajadores olviden lo que han leído durante mucho tiempo, y sepan, además, que si continúan secuestrando nuestros paquetes sólo conseguirán ocasionarnos una pequeña molestia y el desprestigio del Cuerpo de Correos, que hasta ahora, dicho sea en honor de la verdad, es de los menos desprestigiados.

No sabemos si el año próximo se ocupará el fiscal del aumento de estos delitos, pero es fácil que a ello se vea obligado aunque sólo sea para parar los pies a los empleados de Azuaga (Badajoz).

Centro de Cultura Racional de Sans

Unos cuantos hombres amantes de la cultura, pero no olvidando nunca la rebeldía, hemos abierto un Centro de Cultura Racional en Sans.

Lo que nos proponemos al implantar este Centro, es levantar bien alto en este pueblo el emblema de la emancipación, dentro de los problemas económico-sociales, científicos, morales y principalmente los que afectan a la educación de la infancia.

Siendo así, en lo económico-social, este Centro hará estudio sobre las diferentes teorías que sostienen los grandes sociólogos mundiales; dará conferencias sobre sindicalismo, y, haciendo análisis sobre las luchas obreras que tanto se suceden en nuestros tiempos, demostrará el camino a seguir al proletariado para llegar a su emancipación económica.

En lo científico, este Centro dará conferencias sobre astronomía, química, física, materialismo, medicina, vegetarianismo, etc., etcé-

RoBERTO

(Emocionado, cae en brazos de su padre.) Le amo a usted; le respeto; tengo confianza en vuestra piedad, en vuestra justicia. *(En este momento una piedra, lanzada desde fuera, rompiendo un cristal, rueda hasta los pies de Hargand, Genoveva da un grito.)*

HARGAND

¡La justicia! *(Deja la piedra sobre un mueble. Cae el telón.)*

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Gabinete de Hargand. Muebles severos y ricos. Puerta en el fondo. A un lado y otro de la puerta grandes bibliotecas. Las paredes cubiertas de tapicerías antiguas. Sobre la chimenea, que estará entre dos ventanas, un busto de mármol. Frente a la chimenea una mesa escritorio llena de papeles. Sillones con altos respaldos. Vitrina con muestras de minerales y de piedras.

Al levantarse el telón, Hargand estará sentado y trabajando en la mesa escritorio.

Un criado introduce a Maigret. Este se sienta frente a Hargand.

ESCENA PRIMERA

ARGAND Y MAIGRET

MAIGRET

(Mirando una lámpara que está cerca de Hargand, sobre los papeles en desorden.) ¡Ah!... De modo que esta noche no se ha acostado usted.

HARGAND

He descansado un poco sobre el diván. ¿Qué noticias hay?

MAIGRET

Los ajustadores no han venido hoy al traba-

HARGAND

(Reflexivo.) ¿Quién sabe?

MAIGRET

(Con escepticismo.) Sea como fuere, ya es hora de que las tropas lleguen.

HARGAND

Llegan hoy. Debo declarar que he recurrido a tal extremo con toda la tristeza de mi alma. ¡Ahora, a la menor provocación por un cualquiera, correrá la sangre! *(Silencio.)* Pero ¿podía yo hacer otra cosa? Hay aquí existencias inocentes sobre las que pesa una amenaza y a las que yo me creo en el deber de proteger... Espero que las tropas harán uso de su fuerza con moderación. *(Silencio.)* ¿Y mi hijo?

MAIGRET

De él es iba a hablar precisamente... Roberto tuvo ayer tarde, antes de la reunión en el Pré-du-Roy, una entrevista con Juan Roule.

HARGAND

¡Eso no es posible!

MAIGRET

¡Dispense usted!

HARGAND

¿Está usted seguro?

MAIGRET

¡Sí, señor; seguro!

HARGAND

¿Y con qué objeto? *(Maigret hace un gesto que significa que no sabe nada más.)* Desde que los huelguistas, el día que se marchaba obedeciendo

He dado orden de enganchar los caballos... Pueden volver a sus casas sin temor; no tendrán otra molestia que la de hacer un pequeño rodeo.

CAPRON

Marchémonos, pues. *(Los gritos, que no han cesado, se acentúan, se hacen más violentos. Se oye claramente. ¡Muera Hargand! ¡Viva la huelga!)*

DE LA TROUDE

¡Marchémonos, marchémonos! Jamás lo hubiera creído. ¿Y mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero? *(Busca su sombrero.)* Esto es infame. La huelga aquí. ¿A dónde vamos? ¿Y mi sombrero?

HARGAND

(Coge el sombrero que está a la vista de todos sobre un mueble.) No se altere tanto la Troude. Helo aquí... Márchense ustedes...

CAPRON

(Con solemnidad, cogiendo las manos a Hargand.) Querido amigo Hargand, habéis apurado todos los medios de conciliación, les habéis hasta mimado. Por esos bandidos está usted desnudo; les habéis dado hasta vuestra camisa. ¿Qué más quieren? No, no hay lugar a reflexiones... La palabra debe concederse ahora a los fusiles... ¡Energía, amigo, energía y, sobre todo, soldados, soldados y más soldados! ¡Pensad que no es a vos solamente a quien defendéis, sino a nosotros, a la libertad del trabajo, a la sociedad;

DUHORMEL

No ceda usted una pulgada y no tardarán en capitular.